



Cubrebocas
Respirar apenas

Face-mask
A gasp for breath

Ernesto Peñaloza Méndez



I

En primavera pensé por un segundo que el mundo se acabaría, no como consecuencia de una guerra o por alguna catástrofe cósmica, sino por culpa de un ser microscópico. Un nuevo virus pequeñísimo que nos recordaba nuestra pequeñez infinitesimal en el Universo. Un enemigo, invisible a nuestros ojos, que nos tenía confinados y temerosos.

Por un segundo sentí que las pasiones, los deseos, vanidades, cierta agresividad e inconsciencia, y todo tipo de ambiciones que mueven nuestras vidas perderían importancia o se dimensionarían en su justo valor. También consideré, por algo más que un segundo, que pensar en el otro acabaría con el egoísmo y que juntos saldríamos de esta pandemia fortalecidos como especie.

Ahora, en pleno invierno sé que sobreviviremos. Sin saber si esta nueva oleada será la peor y sin tener claro cuándo se controlará esta pandemia, sé que sobreviviremos, pero ¿lo haremos negándonos la posibilidad de ser mejores?

II

Ante los embates del peligroso SARS-Cov-2, el virus causante del COVID-19, tenemos solamente algunos recursos muy simples para defendernos: Quedarnos en casa el mayor tiempo que nos sea posible, mantener una sana distancia de al menos metro y medio, lavado frecuente de manos, intentar no tocarnos la cara, cubrirnos al toser o estornudar, evitar lugares muy concurridos y, si es inevitable hacerlo, colocarnos caretas o *faceshields* y cubrebocas.

¡El cubrebocas! Es increíble cómo se ha incorporado a nuestra cotidianidad, ahora somos expertos en su uso, tenemos una máxima higiene para colocarlo, con manos limpias cubrimos boca y nariz y lo ajustamos al puente nasal sin dejar espacio abierto en la cara. Sabemos que una vez que se humedece o después de 6 horas de uso hay que cambiarlo, que tenemos que quitarlo sin tocar la parte delantera y desecharlo dentro de una bolsa de plástico, cortando previamente los hilos. En teoría sabemos todo esto, en teoría...

Se recomienda no usar cubrebocas médicos (N95 o similares) o hacerlo únicamente cuando estemos en lugares muy expuesto y usar en lo posible cubrebocas de tela caseras de estructura de tres capas (preferiblemente de tela 100% algodón o si se requiere mayor protección, de algodón la que está en contacto con la cara y de poliéster la de en medio y la exterior). Es importante que sea cómodo para que no lo movamos y/o toquemos y lavarlo diariamente –sencillamente con agua caliente y jabón- y que sea de uso personal ¡no se prestan ni se intercambian!

Sabiendo todo esto es sorprendente que la mayoría de las personas en el mundo no siguen estas mínimas recomendaciones ¿menospreciamos al enemigo por pequeño? ¿por negar su existencia? ¿por apatía, irresponsabilidad o negligencia? ¿por cansancio ante una situación tan prolongada? ¿o porque simplemente nos importa una higa?

Se dice que las crisis pueden ser oportunidades para abandonar conductas dañinas, tiempo propicio para crecer, para crear. Pero una crisis también nos puede hundir, detonar problemas anteriores mal resueltos, nos puede llevar a tomar malas decisiones que agraven la situación. Las crisis pueden sacar lo mejor, pero también lo peor de los individuos o de las sociedades y pienso que hasta ahora el balance de la pandemia y sus consecuencias (economía, violencia, secuelas sicológicas, etc.) no arrojan un resultado particularmente positivo en la respuesta de gobiernos, sociedades e individuos. Quizá hay más egoísmos y mezquindad en este momento que solidaridad o búsqueda de un bien común. Frente al innegable heroísmo del personal del sector médico, por ejemplo, tenemos la indiferencia e irresponsabilidad de muchos habitantes de este planeta para seguir las sugerencias mínimas que nos evitarían ingresar a los atiborrados hospitales, para no hablar de los que están lucrando con la desgracia.

Esta experiencia brutal ha sacudido nuestras certezas, nos ha sacado sin permiso de nuestra cotidianidad anterior para mostrarnos que somos mucho más vulnerables de lo que creíamos, que no tenemos el control de casi nada y sin embargo nos hemos percatado de que tenemos una capacidad de adaptación casi infinita y que existe la posibilidad, a pesar de los pesares, de crecer en la adversidad.

Los objetos también mandan sus imágenes a los sentidos,
los sentidos las transfieren a la percepción,
ésta al común sentido y de allí pasan a la memoria,
en la cual permanecen más o menos según
la importancia o poder de cada una.

Leonardo Da Vinci

Sin duda muchas de las actitudes y hábitos desarrollados durante el confinamiento se han convertido en una segunda naturaleza y probablemente llegaron para quedarse, al menos por un tiempo largo, como sería el uso del cubrebocas, parece una tontería, pero los detalles, las cosas pequeñas son a veces muy importantes, dejan todo bien atado, aglutinan la materia prima de lo que somos.

III

Me reconozco como parte de un sector privilegiado, porque disfruto enormemente mi trabajo y lo puedo seguir realizando desde casa y con ello ganarme el sustento, y sin embargo hay momentos en que es difícil seguir la conseja de Edmond Dantès ;*Confiar y esperar!* sobre todo cuando pasa tanto tiempo y las noticias de lo que acontece “afuera” son desconsoladoras y, peor aún, cuando vamos perdiendo a gente querida en esta batalla silenciosa y trágica.

Quizá por ello es que actividades tan prosaicas como la obligación de acompañar a mi mascota en sus paseos diarios cobró una importancia inusual. En estas salidas-escapadas de lo que parece una “cuarentena” fui descubriendo mi entorno, la suerte de tener, a menos de un par de kilómetros de mi hogar, tres pequeños parques públicos y algunos jardines bien cuidados de mis vecinos que puedo ver desde la calle.

La mirada se detenía en un principio en las flores, los árboles, la hierba. Me maravilló la vocación y buen gusto de algunos jardineros, que, a pesar de tener un salario mísero, realizaban su labor con buen talante y sentí como nunca el sutil cambio de las estaciones en mi ciudad.

Pero la realidad siempre se impone, también me fui percatando inevitablemente de la gran cantidad de basura que se acumula en nuestras áreas verdes, de la inconstancia en el riego, de las plagas que aquejan a muchos de nuestros generosos árboles... y de cubrebocas que la gente tira en espacios públicos, lugares donde juegan niños, donde algunos transeúntes se detienen a comer o donde se practican deportes, donde paseamos con mascotas. Me llamó la atención desde que encontré el primero y poco a poco me fui horrorizando al advertir que aumentaban, día a día, más y más.

Ante lo grotesco e inquietante de estos hallazgos decidí asumir una actitud peripatética y comenzar a fotografiarlos con la cámara de mi celular, muy en la línea del objeto encontrado, *objet trouvé* o *ready-made*, no a la Duchamp, sino más bien inspirado en Beuys y su interés en la naturaleza pobre y efímera. Aunque debo confesar que fue el confinamiento el que me hizo propenso a buscar alivio o simplemente a distraerme de alguna manera con este proyecto, el cual cobró sentido al enterarme que no es un problema menor ya que se calcula que diariamente se tiran en el mundo casi 7000 millones de cubrebocas de un solo uso y que pueden tardar hasta 400 años para destruirse por completo.



IV

La certeza de que venceremos al enemigo a pesar de sus mutaciones víricas, de las irresponsabilidades humanas, y de saber que las grandes crisis suelen ir seguidas de épocas de euforia, de un radical relajamiento de normas restrictivas, de una vital creatividad, me lleva a cultivar la esperanza.

Sueño con un mundo distinto, con modelos de desarrollo económicos más justos en lo social y amigables con el medio ambiente y me entusiasmo en imaginar nuevas utopías frente tantas distopías que nos aquejan y sonríe, aunque de momento sea una sonrisa tapada.

I

In spring I thought for a moment that the world was going to end, not as the result of a war or some comic catastrophe, but by the malice of a microscopic being—a tiny new virus destined to remind us of our infinitesimal smallness in the Universe, an enemy invisible to our eyes which has us in nervous confinement.

For a second I imagined that passions, desires, vanities, a certain aggressiveness and insentience, and all kinds of ambitions that move our lives would lose importance or become re-dimensioned down to their real value. I also considered, for a little more than a second, that, concern for others might put an end to our egoism and that together we would leave this pandemic behind strengthened as a species.

Now in the depth of winter I know that we will survive, even without the knowledge of whether this present wave will be the worst, and without any clear notion of when the pandemic will be controlled. Yes, we will survive, but will we continue to evade the possibility of being any better?

II

Objects also send their images to the senses, the senses transform them into perception, whence they are passed to the common sense and thence to the memory, where they remain more or less according to the importance or power of each one.

Leonardo da Vinci

In view of the onslaughts of the aggressive SARS-CoV-2, the virus that causes COVID-19, we only have a few very simple resources to defend ourselves: staying at home for as long as possible, maintaining a safe distance of at least a meter and a half, frequent washing of hands, avoiding touching our faces, covering ourselves when we cough or sneeze, avoiding crowded spaces and if necessary, wearing visors or face-shields as well as masks.

The face-mask! It is incredible how this has become a part of our everyday life; we have become experts in its use, we observe maximum hygiene when handling it, with clean hands we place it over mouth and nose and adjust it to the bridge of the nose leaving no gaps between it and the skin. We know that once it becomes moist, or after six hours of use, it must be changed, that we have to take it off without touching the front part and dispose of it inside a plastic bag, first cutting the strings. In theory we know all this, in theory...

It is recommended not to use medical face-masks (N95 or the like) or to do so only when we are in very exposed places and, whenever possible, to use home-made cloth masks made up of three layers (preferably of cloth 100% cotton or, if greater protection is required, of cotton where it is in contact with the face and polyester for the intermediate and exterior layers). It is important that it should be comfortable so we that aren't tempted to touch it and/or adjust it; it is also important to wash it every day—with just soap and warm water—and to keep it for strictly personal use, neither to lend nor to borrow!

With all this in mind, it is surprising that most people in the world fail to observe these minimum recommendations. Do they underrate the enemy on account of its small size? Do they deny its existence? Is it out of apathy, irresponsibility or negligence, or just fatigue in face of such a prolonged situation? Or do we not give a fig for it?

It has been said that a crisis can be an opportunity to give up harmful behavior, an opportune moment for growth and for creative activity. But a crisis can also bring us down, bring back to life earlier problems incompletely resolved, it can lead us to make bad decisions that worsen the situation. A crisis can bring out the best, but also the worst in people and in societies, and it seems to me that so far the balance of the pandemic and its consequences (as seen in the economy, outbursts of violence, psychological effects, etc.) has not been positive as regards the response of governments, societies and individuals. Perhaps there is more egoism and meanness at this moment than solidarity and quest for a common good.

Against the undeniable heroism of medical sector personnel, for example, we have the indifference and irresponsibility of many inhabitants of the planet when it comes to following the minimum suggestions for avoiding contributing to the burden on overcrowded hospitals—without mentioning those who are profiting from others' misfortune.

This brutal experience has shaken our certainties, it has ejected us without warning from our previous everyday existence so as to teach us that we are much more vulnerable than we believed, that we have control of almost nothing, and nonetheless we have realized that we have an almost infinite capacity for adaptation, and that the possibility exists, in spite of everything, to grow in adversity.

Beyond doubt, many of the attitudes and habits developed during confinement will have become part of our second nature and are probably here to stay, at least for a long time, the use of face-masks among them. It may seem absurd, but at times such details, trivialities, are important, they leave their mark on everything, agglutinate the primary matter of what we are.

III

I acknowledge myself to be part of a privileged sector, because I have a job that I enjoy enormously and can continue to do it from home and thereby earn my living; nevertheless, there are moments when it is difficult to follow the advice of Edmond Dantès: "Wait and hope!"; especially when so much time passes and the news of what is happening "outside" is disheartening and, worse still, when we start to lose loved ones in this silent and tragic battle.

Perhaps, for this reason, such prosaic activities as the obligation to accompany my dog in its daily walks have been unusually important. In these brief sallies from what seems like an eternal quarantine, I started to discover my surroundings, the good luck of having, less than two kilometers from home, three small public parks, besides the beautifully kept gardens of certain neighbors, which I can admire from the street.

My gaze alighted first on the flowers, the trees, the grass. I was amazed at the vocation and good taste of some gardeners who, despite having only a small income at their disposal, carried out their work with a good spirit; like never before, I became aware of the subtle change of the seasons in my city.

But reality always imposes itself; inevitably I also became aware of the large amount of rubbish that accumulates on our green areas, the failure to water them regularly, the various blights that affect many of our noble trees... and the face-masks that people discard in public places, places where children play, where passers-by sometimes stop to eat, or where sports are practiced, where we take our pets for a walk. The first one I saw claimed my attention; with the passing weeks and months I was horrified at seeing how they accumulated, day after day, in ever greater numbers.

In view of the grotesque and upsetting impact of these findings, I decided to assume a peripatetic attitude and began to photograph them with the camera of my cellphone, much in the line of the *objet-trouvé* or *ready-made*, not à la Duchamp, but rather inspired by Beuys and his interest in *arte povera* and ephemeral art. Although I must confess that it was partly confinement that made me inclined to seek alleviation by entertaining myself with this project, it became more meaningful meaning when I realized that this was no minor problem: it has been calculated that nearly 7,000 million face-masks of a single use are thrown away daily and that it may take up to 400 years for them to be completely destroyed.

IV

The certainty that we will overcome the enemy despite its viral mutations, and despite human irresponsibility leads me to entertain hope, as does likewise the knowledge that severe crises tend to be followed by periods of euphoria, accompanied by a radical relaxation of restrictive norms and a release of vital creativity.

I dream of a different world, with models of economic development more equitable as regards society, and kinder to the environment, and I find hope in imagining new utopias in the face of the many dystopias that threaten us. And I smile, although for the moment it is a masked smile.







KN95













Cubrebocas

Mascarillas

Barbijos

Nasobucos

Bozales

Tapabocas



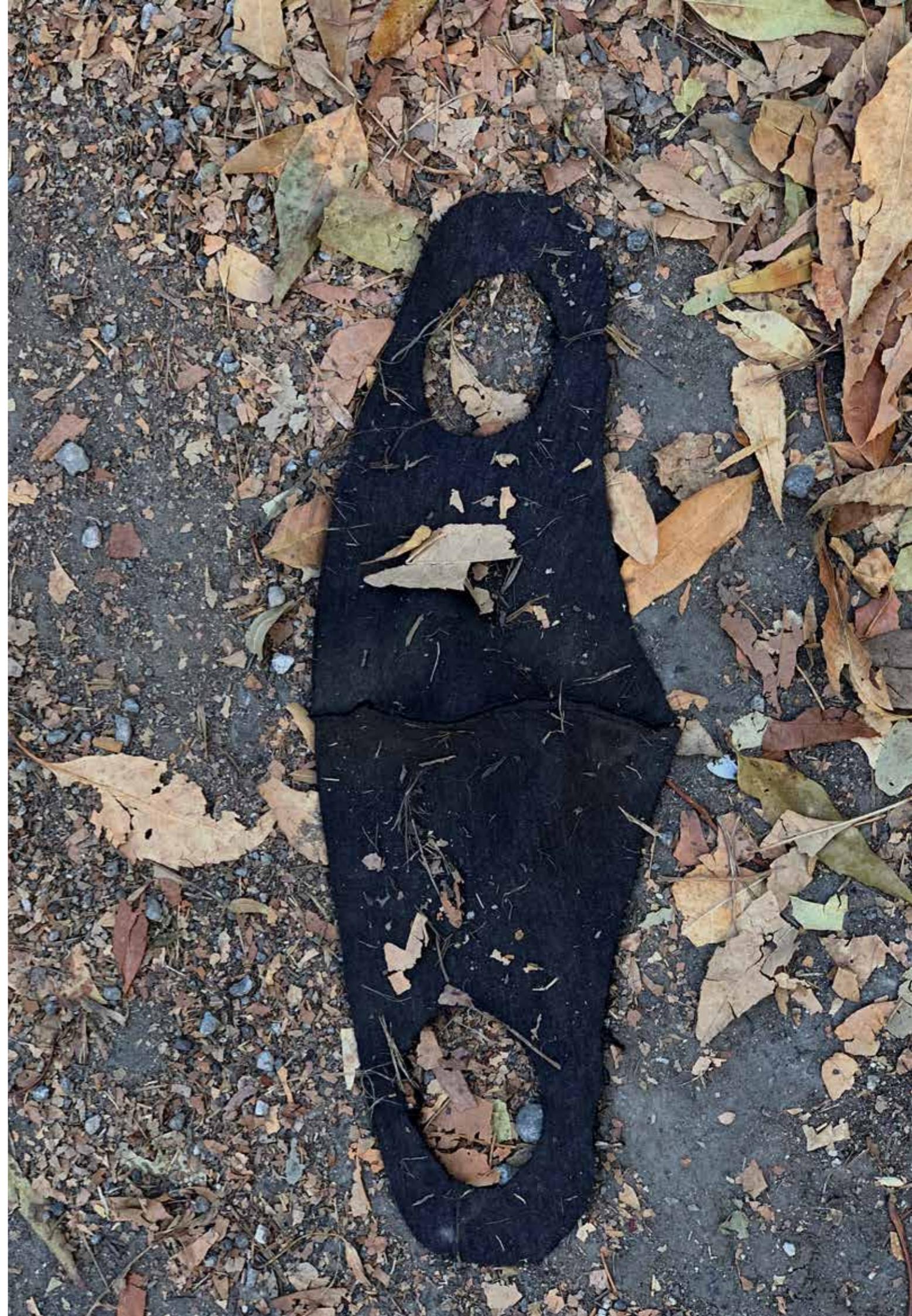














手术口罩

Mask

സർജിക്കൽ മാസ്ക്

ശല്യ ചകിത്സാ സംബന്ധി മുകോടി

অস্ত্রৱোপচার মাস্ক

















Máscara

תִּיגְרוֹרִיכָּה הַכֶּסֶת

サージカルマスク

хирургическая маска





































Agradecimientos

Instituto de Investigaciones Estéticas-UNAM

Ramón Aureliano

Mónica Ayala

Carlos A. Córdova

Laura Esponda

José Luis Gómez

Itzel Magaña

Ana María López

Brian Peñaloza

Ricardo Peñaloza

Javier Sanchiz

Élodie Vaudry

Gerardo Vázquez

Saeko Yanagisawa

Metztli

Y muy especialmente a María José Esparza Liberal

Proyecto, fotografías y texto

Ernesto Peñaloza Méndez

Diseño Marco A. Pacheco

Corrección Ena Lastra

Traducción al inglés Christopher Follet

Retrato autor María José Esparza



Ciudad de México, invierno 2020-2021

